

Christa T. es un personaje literario. Auténticas son algunas citas de diarios íntimos, bocetos y cartas.

No consideré mi deber ser fiel a los detalles exteriores. Los personajes secundarios y las situaciones son ficcionales. Si se parecen a personas y situaciones verdaderas es pura coincidencia.

C. W.



¿Qué es esto:  
Este “venir hacía sí mismo” del hombre?

Johannes R. Becher



Reflexionar, re-flexionar sobre ella. Sobre el *intento de volverse una misma*. Así figura en los diarios íntimos que conservamos, en los manuscritos sueltos que fueron encontrados y en las entrelíneas de las cartas que conozco. Y que me han enseñado que debo olvidar mi recuerdo de ella, Christa T. El color del recuerdo engaña.

¿Debemos entonces darla por perdida?

Pues yo siento que se desvanece. En su cementerio de pueblo, yace bajo los dos arbustos de espino, muerta junto a muertos. ¿Qué busca allí? Un metro de tierra encima, luego el cielo de Mecklemburgo, gritos de alondras en primavera, tormentas de verano, tempestades de otoño, nieve. Se desvanece. Ningún oído para escuchar quejas, ningún ojo para ver lágrimas, ninguna boca para responder reproches. Las quejas, las lágrimas y los reproches quedan atrás, inútiles. Definitivamente rechazados, buscamos consuelo en el olvido al que se denomina recuerdo.

No hace falta protegerla del olvido, proclamamos sin embargo. Ahí empiezan los pretextos: no hace falta protegerla de ser olvidada, debería decirse. Porque ella misma, naturalmente, se olvida o se ha olvidado a sí misma, a nosotros, al cielo y a la tierra, a la lluvia y a la nieve.

Pero yo aún la veo. Peor: la tengo a mi disposición. Con toda facilidad puedo traerla a colación aquí, como a casi ningún ser vivo. Se mueve cuando yo quiero. Sin esfuerzo camina delante de mí, sí, esos son sus largos trancos, sí, ese es su andar bamboleante, y ahí está también, prueba suficiente, la gran pelota roja y blanca que ella persigue en la playa. Lo que escucho no es la voz de ningún espíritu: sin duda, es ella, Christa T. Evocando, embotando mis sospechas, pronuncio incluso su nombre y ahora estoy bien segura de ella. Pero todo el tiempo sé que se proyecta una película de sombras que alguna vez estuvo iluminada por la luz real de ciudades, paisajes y habitaciones. Sospechoso, sospechoso ¿qué es lo que me da este miedo?

Porque el miedo es novel. Como si ella debiera volver a morir, o yo perder algo importante. Por primera vez me doy cuenta de que ella no ha cambiado en mi interior desde hace mucho tiempo y que en eso tampoco podemos esperar ya ningún cambio. Nada ni nadie en el mundo hará que su pelo oscuro y deshilachado se vuelva canoso, como el mío. No aparecerán nuevas arrugas en los rabillos de sus ojos. Ella, la mayor, ahora es más joven. Treinta y cinco, tremendamente joven.

Entonces lo sé: esta es la despedida. La cosa gira aún, zumba solícitamente, pero ya no hay nada que proyectar en la luz, de golpe la punta mellada salta hacia afuera, gira una vez, otra vez, frena al aparato, cuelga, se mueve un poco en la suave brisa que siempre sopla por ahí.

El miedo, cierto, sí.

Casi muere de verdad. Pero debe permanecer. Este es el instante de seguir reflexionando sobre ella, de dejarla vivir y envejecer, como le corresponde a cualquiera.

El luto negligente y el recuerdo impreciso y el conocimiento aproximado la llevaron a desaparecer, es comprensible. Abandonarse a sí misma, cuando acababa de irse, eso era parte de su personalidad. A último minuto una se acuerda de trabajar en ella.

Hay algo de obligación en eso, sin dudas. Obligar ¿a quién? ¿A ella? ¿Y a qué? ¿A quedarse? Pero queríamos dejar los pretextos de lado.

No: que ella se dé a conocer.

Y nada de pretender que lo hacemos por ella. De una vez y para siempre: ella no nos necesita. Retengamos, pues, que lo hacemos por nosotros, pues parecería ser que la necesitamos.

En mi última carta dirigida a ella –sabía que era la última y no había aprendido a escribir últimas cartas– no se me ocurrió otra cosa que reprocharle que quisiera irse, o que tuviera que hacerlo. Estaba buscando un remedio contra su alejamiento. Ahí fue que le eché en cara aquel momento que siempre consideré como el principio de nuestra relación. Como nuestro primer encuentro. No sé si ella notó ese momento, o cuándo es que entré si no en su vida. Nunca hemos hablado de eso.